

dores, todo atestado de gente, de coches con sus caballos, de carros, de wagones inmóviles sobre sus rieles, y esta flotante Babel, se llama un *ferry*. Salimos á la plataforma de proa; un larguísimo brazo de mar color de agua de cola, pasa por debajo de nosotros espumarajeando de rabia y golpeando los costados del *ferry* con su ola babosa y corta. Esto se llama el Mississippi, el *Mispi*, como dicen estos diablos en su nasal inglés, convulsivamente contraído, como si lo hubiesen inyectado de estricnina. Cinco minutos dura la travesía; atracamos á un muelle, subimos una escalera muy alta precedidos por la gentil yanquita de San Antonio que parece más firme y más dueña de sí misma cuando atraviesa con una maleta en una mano y un libro en la otra el río de gente que se precipita hacia arriba: ¡un río que sube! que arrellenada entre el *Globe Democrat* y el *Picayune* en los cojines del Pullman. Pensando en esto subí á un coche conducido por un negro más serio que el caballo de Carlos IV y tomamos al trote largo por las calles de la Nueva Orleans.

¡Qué nombre tan sabroso para mí! Está asociado, en los recuerdos de mi infancia, con unas manzanas muy coloradas, unas patatas muy grandes y una mantequilla muy rica. Todo esto mandaba esta gran señora á mi pobre y orgullosa Campeche por los años de 54 y 55, y yo que fuí un niño-prodigio . . . en gastronomía, conservo intacta mi gratitud estomacal por *New-orleans*, como dicen los viejos pilotos de mi tierra que está allá en frente, al otro lado del Golfo.



NEW - ORLEANS

NTRAMOS en una ciudad vieja, achacosa, sucia de humo de carbón y de tierra. Es una de esas ciudades del Golfo que parecen hermanas todas, pero muy grande, muy desarrollada; en ella caben Tampico, Veracruz y Campeche, y algo tiene de todas ellas, de Veracruz sobre todo; la impresión primera es desagradable, por el desaseo: ¡una ciudad costeña que no se lava la cara! ¡horror!—Las calles muy estrechas, tanto que un wagón Pullman, atravesado en la extremidad de la calle por donde vamos, esconde sus dos plataformas, recortado por las aristas de las esquinas; las casas en este barrio son verdaderos tugurios infectos, medio ocultos por montones de basura, de tablas, de barriles, de papel viejo, hacinados por donde quiera; á la orilla de las aceras piedras partidas y disparejas. Á medida que nuestros coches avanzan, las casas van siendo muy altas, lo que hace más sombrías las calles; algunos edificios suben á siete y ocho pisos, con balcones que son, por sus proporciones, verdaderas galerías de fierro apoyadas en columnas metálicas en los bordes de la acera y que se unen, de piso en piso, por sus arquerías llenas de

arabescos y adornos; de donde resultan fachadas enteras de fierro calado. En esta esquina y en la de más allá y en muchas otras, unos enormes armatostes de fierro, que parecen abortos de la torre Eiffel, estorban el paso, y hacen cavilar al transeunte novel: ¿para qué puede servir esto? Para lo que sirven tantas cosas: para nada. Después supimos que estos adefesios estaban destinados á los tranvías eléctricos y ahora sirven para anuncios. ¿Hay algo en los Estados Unidos que no sirva para anuncios? Murmúrase que hubo en todo esto un negocio medio bizco de la municipalidad; en todas partes cuecen habas y por aquí á calderadas.

Desembocamos en Canal-Street, muy amplia vía, bordada de construcciones de grandiosa arquitectura, sin proporciones, pero con dimensiones casi enormes; un río, no muy rauda, de gente orientada hacia el negocio, el bisnes (*bussines*), como dicen todos con singular energía de acento, llena la calle; este río se abre y cierra al paso de los carros eléctricos que aturden con su perenne campaneó, é inquietan con sus largos dedos de fierro que van pellizcando el alambre transmisor de la corriente sujetos por otros alambres frecuentemente *conectados* con los hilos del telégrafo ó del alumbrado. De cuando en cuando un tren de vapor, arrastrando dos ó tres wagones de pasajeros, llega por el centro mismo de la avenida y pasa cerca de una estatua que parece esculpida no con el cincel, sino con el hacha, y que descansa su cuerpo de plesiosauro parado sobre la cola, en unos bloques rudos y mal acondicionados, que forman un pedestal no tan malo como obra de albañilería hasta la estatua parece hecha por un albañil. Es (descubrámonos) la del gran Henry Clay. Nosotros los mexicanos inscribiríamos en ese pedestal estas palabras que el gran *speaker* dirigía á su amigo Channing: «*Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la adquisición de Texas por nuestros compatriotas, tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen otro ejemplo de rapiña cometido en tan vasta escala.*» Cito de memoria, pero eso es poco más ó menos.

*

Nos alojamos en un lujoso y confortable hotel en la esquina de Canal-Street y Carondelet y salimos en busca del Cónsul mexicano, de Manuel Gutiérrez Zamora, nombre que su ilustre padre hizo histórico. (1) Esto nos proporcionó el gusto de ver algunas calles feas, algunos enormes edificios, de mármol y granito rojo uno de ellos, no destituido de majestad. Un banco en construcción tiene en su pórtico cuatro ó seis columnas de mármol purpúreo de cerca de un metro de diámetro. Mucho comercio y mucha gente, esto se notaba al primer golpe de vista; pero nada extraordinario. Poco gusto para presentar las mercancías en los escaparates. Un sastre ha colocado en la entrada de su establecimiento una serie de muñecos que representan personajes de la historia de los Estados Unidos, vestidos con muestras de la ropa hecha que allí se vende; de modo que puede uno ponerse los calzones del general Sherman, hombre de muchos calzones indudablemente.

Recomiendo á los turistas gastronómicos (bellísima cualidad que es el antídoto de la gula, al grado de que en vez de «contra gula templanza» como reza el catecismo, deberíamos decir, «contra gula gastronomía»), les recomiendo, decía yo, los manjares de Nueva Orleans. ¡Qué bien comimos! En la *gargote* de una vieja alsaciana, legitimista por más señas, y cuyos manteles albeaban más que la bandera de las lises; en lo alto, en lo más alto de una casuca que tiene ventana sobre el río y se yergue en un extremo del negro y tortuoso barrio criollo; entre una abigarrada clientela de antiguos obreros franceses y viejos pilotos en receso, y á flor de cocina, eso sí, saboreamos un pescado maravillosamente guisado, una morcilla aderezada por mano de hada y unos camarones delicadamente amortajados en sus rosadas cornucopias de nácar. Y en el aristocrático *restaurant* de Moreau ¡qué ostras! ¡qué delicado *papebotte!* qué truchas supre-

(1) Gutiérrez Zamora murió pocos meses después. Cuanto mexicano haya estado en New-Orleans en estos años últimos, habrá deplorado su muerte, como nosotros.

mas, capaces de enflaquecer de envidia al gordo cacique de las piscinas de Chimalhuacán! Con decir que solo en Campeche se come mejor, está dicho todo, y eso que pronto hará treinta y ocho años que no como en Campeche!

Un tren de vapor nos condujo á orillas del lago, desfilando por entre los suntuosos edificios de Canal-Street, que parecen hechos de yeso pintado; al salir de la gran calle, entramos en un barrio de casas de madera, primorosas algunas; después bordeamos un vasto cementerio, verde de cesp ed aterciopelado abajo, verde oscuro arriba, en donde balanceaban sus grandes hojas lustrosas y sus enormes copas de perfume los árboles de magnolia; en el claro que dividía las dos zonas verdes, blanqueaban los sepulcros de mármol y de piedra, simples estelas fúnebres, la mayor parte; uno que otro hermoso, con la hermosura del arte industrial. Luego costeamos una ancha esplanada, pavimentada de madera, salpicada de kioskos medio moriscos y medio chinoscos, como todos los kioskos que desde hace un siglo cubren el planeta con su vegetación de fierro colado; vemos con complacencia las casitas de baños, instalando confortablemente en el agua su frágil y caprichosa arquitectura; los miradores elegantes, desde donde se domina el lago; los *bars* que encierran otro lago venenoso en sus millares de botellas multicolores . . . y *stopamos*. Así se dice en el castellano de la Nueva Orleans; el lector está en su derecho para leer: y *paramos*.

Cruzamos un puente sobre ancho canal; cuando llegamos al otro lado, un chiquillo movió una palanca y el puente semi-giró sobre un pi on de fierro y tomó una posición vertical  a la que antes tenía; una gran lancha de vapor remolcando cuatro ó seis balsas formadas por magníficos troncos de abeto, pasó; el chiquillo movió de nuevo su palanca y el puente se formó en cinco minutos.

El lago este, es un mar color de violeta bajo nuestros ojos, lentamente azul  a compás de la vista que se levanta sobre él,  e inmensamente azul en su horizonte elegant isimo de océano dormido. Permit amonos el lujo de un crepúsculo vespertino aquí,

meci ndonos en una *rocking-chair*, acompañados por un vaso de líquido helado (me da vergüenza decir que era cerveza), y acariciados, sin metáfora, por una brisa de esas que murmuran  a través del ventalle de las palmas en los versos de mi pobre Alfredo Torroella, ó que vagan perfumadas de azahar en las confidencias de Lamartine. Sobre el raso joyante del lago una cúpula de raso sin mancha, el cielo; el domo infinito de aire zafirino y la ilimitada placa de cristal no se confunden, se tocan en una curva de lapizl azuli y los dos matices del azul parecen dos aspectos de un solo ensueño. Un celaje único, encima del sol que en el ocaso

ferme les branches d'or de son rouge eventail,

una sola nubecilla de encaje tramado de luz y teñido de amatista purísimo por arriba, flotaba lentamente en un segmento verde del cielo. El sol escarlata, pero de un escarlata absoluto, como si saliera de un baño de sangre humana, se destaca, ovalado y deforme, en el vaho violáceo de la atmósfera; del otro lado la luna, oxidada, de una cristalina palidez de histórica, viendo el sol al soslayo, con grandes ojeras azulosas de desvelada, una luna dulcísima   impura, en fin, que denunciaba en su luz enfermiza, en su mirada lánguida, la sensualidad eterna de sus amores tormentosos con el mar. A veces un soplo que viene del Oriente y que parece el hálito de la luna, hace correr un estremecimiento de plata por el lago, en el ocaso parecido   un disc o de acero que el sol damasquina de arabescos de oro. — Los faros se encienden en las riberas, la luz eléctrica crepita y azulea entre los globos deslustrados, enfría la brisa, y el alma sale de su anestesia, cual si acabara de ser creada. Pienso como si pensara por vez primera; pienso en ellos; pienso en la que nos dejó. Volvamos; mientras volvíamos cantaban en mi memoria los versos del mártir Juan Clemente Zenea:

El sol al ver la luna acorta el paso
y quedan suspendidos frente   frente,
un globo de oro y sangre en el ocaso
y un globo de alabastro en el Oriente.

*

A trip to China-town.—Un viaje á China-town es un *vaudeville* ú opereta funambulesca en que se caricaturizan ciertas costumbres de la gente de trueno en New York; la escena pasa en Bowery, la famosa calle ó avenida popular y de malísima fama nocturna en la ciudad imperial; pegado á ella hay un barrio chino; ese es China-Town. Una serie de escenas ridículas y risibles, iguales á las pantomimas que organiza y anima Ricardo Bell; un rosario de interminables canciones, ensartadas en aircillos graciosos, pero infantiles, como el del walsecillo americano que cantan aquí y en México todos los chicos: *después del baile*; una colección de habilidades, silbidos, mugidos de locomotora, qué se yo, ejecutados á maravilla por uno de esos hombres que se disputan los empresarios de *circo*. . . . eso es el famoso *viaje*. Algunas bonitas decoraciones, algunas luisianesas bonitas, muy airosas, muy grandes de ojos y de boca, ¿inglesas? francesas? españolas? No sé; algo de todo eso con una gota de esencia africana en el fondo de la mirada negra y de la sangre roja.

*

Dormí un poco dentro de una bañadera de mármol llena de agua tibia; pero, ya en mi cama, me tuvieron despierto los campanillazos incesantes de los *tramways*. La civilización, como el crimen de Macbeth, ha matado el sueño; para dormir cual un patriarca precisa volver al tiempo de los patriarcas. La civilización ha inventado ruidos nuevos ó ha hecho nuevas combinaciones de ruidos viejos; por eso me aparece en mi insomnio como una joven *yankee*, coronada de estrellas eléctricas, con unas inmensas alas blancas de algodón fenicado y dos frasquillos mágicos en las manos: uno de bromuro de potasio y otro de cloral.

Muy de mañana, después de tomar algunas frutas heladas y un poco de te, salimos á vagar por las calles el jefe de la cara-

vana, una primilla mía de diez años, esbelta y graciosa como una luisianesa, otro excelente compañero de viaje que habla en español un copioso inglés de Ollendorf, y vuestro servidor. Un cefrillo frío y sabroso nos convidaba á andar, y vagamos. . . . vagamos. Los blocks (nosotros diríamos las manzanas de habitaciones) se suceden en las irregulares casillas de interminable tablero; en unos domina el rojo, el color instintivo de la fabricación yankee; otros son amarillentos, y grises y color de humo todos. Mark Twain dice que desearía para New Orleans uno de esos colosales incendios, como los de Chicago ó Boston, para que en la ciudad nueva hubiese un poco de arquitectura; no la hay, en verdad. La célebre *Bolsa del algodón* con su jactancioso estilo del renacimiento francés, sus cariátides y su ornamentación profusa, me pareció de *papier-maché*. Más me gustó por dentro; su comfortable instalación, su movimiento, no extraordinario, pero constante, revelan la gran importancia de la mercancía—reina en la metrópoli mercantil del bajo Mississippi. En una inmensa carta de los Estados Unidos están marcadas las temperaturas diarias de las ciudades principales.—Las líneas de balcones de fierro calado se interrumpen aquí y allí por alguna enorme construcción de muchos pisos, acribillada de ventanas; ya es una fábrica, ó un edificio de oficinas, ó una colmena humana. Por la calle Lafayette, fea y oscura, pasamos á la calle St. Charles, amplia y hermosa; en torno de un jardín lleno de copudos árboles, una iglesia gótica, un edificio público (la casa de ciudad), con altas escalinatas y enormes columnas grises en su fachada; del otro lado un templo masónico.

El tranvía eléctrico nos condujo á Carrolton; el frío picaba y mordía á su gusto; espléndidas avenidas de árboles, apenas despojados de hojas en los primeros días de su *toilette* de Otoño; casas de madera, algunas grandes y hasta suntuosas, rodeadas todas de jardincillos ordenados á la francesa; grupos de niños y niñas muy limpios y muy alegres que van á las escuelas. En una plaza, sobre altísima columna blanca, la estatua del gran rebelde Robert Lee.